

ideal lejano. Así llegamos al tercer centenario del nacimiento del filósofo. Poseemos de él una imagen con muchos perfiles seguros y un cúmulo de interrogantes; abundan las interpretaciones dispares. A esa imagen y a algunas de las interpretaciones he de referirme próximamente.

Francisco Romero

SOBRE UNA OBRA DE OSCAR WILDE

Por HERNANDO RIVAS IRIGOYEN

Resulta curioso que Oscar Wilde hubiera escrito una obra como "La mujer sin importancia". No tanto por provenir de su genio, que sí lo fue y de altos quilates; paradójico, y además incomprensible por su vida. Es cierto que las más de las veces no coincide la idea que nos hemos formado de un autor con el personaje frío, escueto y veraz que se nos presenta en la realidad. Mas, es francamente incompatible, que un escritor por más desalmado e inconsecuente con sus propias ideas, pueda llevar tan emocionalmente, tan llena de calor, una producción fruto indudable de su ingenio pero también de su corazón. La vida de Wilde, en verdad, no puede ser más inmoral, más llena de lacras y de vicios, hasta donde nos permiten una apreciación aparente de ella. No conocemos a fondo su existencia, ni sería posible conocer los íntimos pliegues de su sensibilidad por más devotos investigadores que fuésemos. Además, la sombra del genio, nos cobija solo por el reflejo de sus obras. Su vida... ¡vamos!, sería ya imposible reconstruirla puesto que nos hallamos cronológicamente muy distanciados. Uno de los intentos más valiosos ha sido el de Ramón Gómez de la Serna pero su labor crítica se resiente de unilateralidad; sólo lo enfoca por un aspecto: el célebre proceso que escandalizó a todo un círculo social inglés.

"Una mujer sin importancia" —podemos eso sí con certeza— fue vivida, mientras la pluma trazaba sus letras, la mente le impulsaba sus líneas directrices y el corazón le inculcaba los más recónditos detalles psicológicos dentro de sus protagonistas. Todos sabemos a grandes rasgos de la abyecta, mas no por eso desgraciada vida de su autor. Sin embargo, en sus ratos de amargura, debió sentir el anhelo impetuoso de una trayectoria límpida, pura, sin las cadenas trágicas del vicio y con el resplandor áureo de la virtud. Las almas más pecaminosas desean vivamente, en momentos de crisis y desengaño,

una vida mejor, un camino más elevado, de más claras ejecutorias, precisamente por carecer de todo ello; y sueñan ansiosamente —y con mayor razón si se posee una imaginación exorbitante— para alcanzar, aunque sea en el mundo de la fantasía, la realización de sus ilusiones imposibles.

El ideal de la vida sería la armonía, y el no carecer de nada, apeteciendo siempre algo. Empero, esto bien sabemos es ultraterreno; se sale de los moldes en donde se encuentra encuadrada la vida de los mortales. Por tanto, el que tiene el placer añora —aunque sea por breves instantes— la virtud; y el que cree tener para sí la virtud imagina —y la tentación lo incita— las tenebrosas líneas en que se marca el pecado. He aquí una explicación aproximada a lo paradójico y contradictorio entre lo que se piensa y lo que realmente se vive y el por qué también, de esa producción de Wilde, que hoy despierta nuestro interés.

Refirámonos a ella someramente. ¿Puede tacharse de inmoral u obscena? Quizás no. Es la cruda realidad protagonizada por personajes que parecen desprenderse del libro que diariamente vivimos en carne y hueso. Dentro de un panorama de sensaciones nuevas, de diálogos siempre emocionantes y movidos, de un dramatismo profundo e intenso, y que parece contener en alto grado la amoralidad, el desenlace le da el tono a la obra. Resplandece y brilla más que nunca, como sol cárdeno del desierto, esa virtud, que a veces en realidad no se realiza con justicia en la propia vida. Deja en el espíritu, como despedida, una suave fruición de paz y de sosiego, por el rotundo éxito alcanzado por la justicia mundana. Desarrolla con vivacidad y admirable maestría, la sempiterna historia que vive el mundo entre una apariencia de mascarada feliz y esa tragedia que se desarrolla en lo más íntimo de los seres. Plantea el problema que tanto ha preocupado, no sólo a novelistas y literatos, sino a psicólogos, sociólogos y penalistas sobre la injusticia de la posición femenina en la sociedad. ¡Cuán pronto se perdonan las ofensas que destrozan la vida de una mujer inocente y cándida! Y aún más: llegan hasta enaltecerse ante la vida de su autor esas aventurillas a cambio del sufrimiento y el rompimiento de una existencia de madre, que por el contrario a su ofensor, es vejada, insultada y despreciada por ese tribunal de consejos puritanos que se cree en el derecho de regular e implantar equidad, en las relaciones sociales. Empero, Oscar Wilde, a diferencia de autores disociadores como Eca de Queiroz en su “Primo Basilio”,

da una solución; confronta el problema en toda su gravedad y no lo deja flotando, como nube etérea y desorientadora, a última instancia al juicio crítico del lector.

Su intención es la de darle brillo y ejemplarizar con gracias y preesas de recompensa, a la que sufrió las heridas de esa zarza poblada de espinas que punza sin compasión a los corazones nobles y a los seres que desinteresadamente practican, en el silencio de su propio yo, la satisfacción del deber cumplido.

Hernando Rivas Irigoyen

